

## SERMON

SOBRE

### LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

---

*Signum magnum apparuit in  
celo, mulier amicta sole, et luna  
sub pedibus ejus, et in capite  
ejus corona stellarum duodecim.*

Apoc., cap. 12, v. 1.<sup>o</sup>

Hé aquí, amados míos en Jesucristo, el grande y admirable acontecimiento que nos describe San Juan en su Apocalipsis. «De repente, dice, se abrieron las puertas del templo del Señor en el cielo, al rugido del trueno y al través de una lluvia inmensa de piedras y de fuego. Una mujer se deja ver en medio de los aires; bajo sus piés hollaba la luna y su vestido era el mismo sol, y su cabeza coronada de refulgentes estrellas, y en su seno llevaba un varon guerrero. Y apareció también un dragon formidable, de color rojo, con diez astas y siete cabezas, adornadas con otras tantas diademas. Con la extremidad

:



de su enorme cola envolvía la tercera parte de las estrellas del firmamento, y se coloca frente á la mujer, amenazando devorarla antes que dé á luz al varon guerrero que lleva en su seno, que habia de dominar á todas las gentes. Mas hé aquí que una gran batalla se traba en el cielo; Miguel y sus ángeles pelean con el dragon y sus soberbias huestes, hasta que se oyó una voz que dijo: «á Dios sea dada la gloria, y el poder, y el reinado universal, y este mismo poder á su Cristo.» El dragon fué precipitado al fondo del abismo, bramando en cólera contra la mujer; mas á esta se la vistieron dos grandes alas como de águila, y voló al lugar del descanso, donde ostentará siempre su triunfo á despecho del furor de la serpiente.»

Esta vision profética, descrita con toda la valentía del ingenio del evangelista San Juan, es, segun la exposicion conteste de los padres y doctores católicos, la historia compendiada de la Iglesia de Jesucristo, objeto siempre de las iras del dragon infernal y vencedora siempre de sus asechanzas. Es el plano magnífico de aquel edificio, levantado en medio de los tiempos, maravilla de los siglos, segun el profeta Habacú. Es el cuadro incomprensible, es toda la economía, en fin, de nuestra augusta y adorable religion.

Pero estos mismos sagrados expositores ven en ella en su sentido místico á la Virgen María, y algunos, entre ellos de un modo especial mi P. San

Bernardo, la aplican á su gloriosa Asuncion á los cielos.

Siguiendo, pues, sus huellas en este dia de tanta gloria para la Santísima Virgen como de consuelo para nosotros, os haré ver que ella es aquel signo grande que vió San Juan, exponiendo con toda la sencillez posible su bella metáfora del Apocalipsis, y descifrando los misterios que se contienen en cada una de sus palabras.—AVE MARÍA.

*Signum magnum apparuit in  
caelo, mulier amicta sole, et luna  
sub pedibus ejus, et in capite  
ejus corona stellarum duodecim.*

Apoc., cap. 12, v. 1.º

Decia, señores, que hoy es el dia de grande gloria para la Santísima Virgen María nuestra dulce Madre. Hoy celebramos, llenos de júbilo, su admirable Asuncion á los cielos, el término feliz de su carrera, el triunfo de la gracia que produjo sus inmensos méritos y el galardón que los corona. Nuevo, grandioso, único y singular acontecimiento, apoyado en la venerable tradicion apostólica, tradicion que toda la antigüedad certifica, que la fé del mundo profesa,



que la Iglesia proclama, y que, habiendo venido hasta nosotros de aclamacion en aclamacion, se ha hecho lugar entre las mayores solemnidades religiosas.

Pero no me propongo hoy hacer su historia; vamos á contemplar sólo la grandeza de este misterio, descrita por San Juan en el lugar citado de su Apocalipsis.

Un signo grande apareció en el cielo: *signum magnum*. Este signo grande no es otro que la Santísima Virgen María, porque ella es el compendio y el término de todas las figuras de la ley antigua y el objeto de todas las realidades de la nueva. Si abrimos la Escritura santa, ese libro grande, bajado del cielo, veremos que todo él no es otra cosa que un vasto simbolismo de María. El Dios, para quien los siglos no tienen pasado ni futuro, ha delineado en todas sus páginas con rasgos admirables, sorprendentes, el nombre de su amada Madre. Si consultamos los santos Padres, María es el signo grande, nos dice San Buenaventura, porque nada mayor pudo Dios hacer; pudo crear un mundo más perfecto, un cielo más hermoso, pero una criatura más perfecta que su Madre, no pudo formarla. Y el angélico doctor añade: «Dios pudo hacer un mundo mejor, excepto tres cosas: Cristo, María y la Bienaventuranza, porque estas tres cosas son una misma con Dios.»

Era una mujer vestida del sol: *mulier amicta sole*. Estas palabras, señores, aluden tan directamente á

la Santísima Virgen, que no es posible desconocerla. Esta mujer, presentada así de un modo tan general, y bajo tan grandiosos símbolos, es siempre, según el sentido constante de la santa Escritura, ó la primera Eva pecadora, ó la segunda Eva reparadora. Y ¿podrá nunca, y bajo ningún sentido decirse de la primera Eva que fué vestida del sol? No; las sombras y sombras de muerte la vistieron para siempre. Luego la mujer que se representa hoy á San Juan vestida del sol, es y no puede ser otra que María.

Pero no es esto sólo; hay varias circunstancias notables que concurren en la Santísima Virgen María, y que nos la presentan de un modo inequívoco como la realidad de la metáfora del Apocalipsis. Tres hace notar mi P. San Bernardo: su carácter de bienhechora comun, su union íntima con Dios, su destino de Madre del Verbo.

Su carácter de bienhechora comun, porque así como el sol se extiende benéfico sobre buenos y malos, así María para todos es clementísima: *omnibus sese clementissimam prabet*. Es un segundo sol bienhechor del género humano, así como la primera Eva habia sido una sombra de muerte y de exterminio.

Estuvo, en segundo lugar, María unida íntimamente con su Dios; penetró los insondables abismos de la divina sabiduría, y cuanto es posible sin la union personal, estuvo sumergida en aquel océano de luz inaccesible. Allí bebió de aquel espíritu que



vivifica aun á los huesos áridos, y se inflamó en aquel fuego que enciende á los querubines y serafines. María fué, no sólo cubierta de aquella luz inextinguible, sino vestida, sumergida, identificada con ella. El vestido de esta mujer es de tal resplandor, *candidissimus hujus mulieris amictus*, y no puede expresarse de otro modo, sino diciendo que era el mismo sol.

Era, en tercer lugar, la destinada para Madre del Verbo. «¡Ah! exclama mi P. San Bernardo: ¡cuán íntima debia ser tu union con este divino sol! ¡En tí vive y tú en él; tú le vistes y él tambien te viste; tú con las sombras de la carne, y él con la gloria de su divinidad; tú vistes de nubes al sol, y él te viste de sí mismo!» *Vestis solem nube, sole ipsa vestivis. Mulier amicta sole.*

Bajo sus piés tenia la luna; *luna sub pedibus ejus*. Y ¿qué es la luna, señores? Si consultamos los autores profanos, es la luna, ya la reina de todos los astros, ya la hermosa Diana, ya la casta y, sin embargo, fecunda Lucina, tan celebrada de Virgilio en sus églogas. Pues la Santísima Virgen María es la Reina de todos los santos; es aquella mujer hermosa, casta y, sin embargo, fecunda, que habia de dar á luz al Salvador del mundo. Si consultamos los escritores sagrados, es la luna, segun el P. San Gregorio, la imágen de los bienes temporales, caducos y perecederos; la Virgen María los despreció. Es la luna, segun mi P. San Bernardo, exponiendo un pasaje

del libro de la Sabiduría, símbolo de la veleidad y de la ignorancia; la Virgen María siempre llevó á sus piés estos dos enemigos, pues quebrantó la cabeza de la serpiente que quiso superar la ciencia de Dios, y venció la veleidad de los herejes que negaron, ya la realidad de la Encarnacion del Verbo, ya su constante virginidad, ya su divina Maternidad; *contriti sunt omnes insidiatores*. Y es la luna, en fin, segun el P. San Agustin, figura de las manchas de nuestra carne, y la Santísima Virgen, destinada para reparar las manchas del pecado, debió llevar á sus piés esta carne manchada y corruptible; *et luna sub pedibus ejus*.

Y en su cabeza una corona de doce estrellas; *et in capite ejus corona stellarum duodecim*. Ya este número era misterioso entre los hebreos y parecia destinado á señalar grandes acontecimientos desde los primeros siglos. Doce fueron los patriarcas y las tribus de Israel; doce fueron los títulos ó monumentos que levantó Moisés para confirmar el pacto de Dios con su pueblo; doce fueron las fuentes y las palmas de Elim; doce las piedras preciosas que debian adornar el racional del Sumo Sacerdote; doce fueron los panes de proposicion; doce fueron los exploradores enviados al campo de los cananeos; doce las piedras clavadas por Josué en el alveo del Jordan; doce fueron los bueyes de metal sobre que levantó Salomon el mar de bronce... y otros mil ejemplos que pudiera citar. Designándose este número simbólico para



compendiar las glorias de aquella mujer vestida del sol, y que lleva á sus piés la luna, no puede menos de ocultarse un gran misterio. Lo contrario seria destruir todo el valor de la metáfora, porque era una impropiedad que coronasen las estrellas á la que el sol vestia y la luna formaba su escabel.

¿Quereis, pues, saber qué significan esas doce estrellas que entretajan la corona de la Virgen Maria en el dia de su Asuncion? «Pues son, dice mi P. San Bernardo, son otras tantas prerogativas, que la distinguen y elevan sobre todas las criaturas. Son otros tantos títulos gloriosos con que ostenta orlada su frente cuando, vencedora de las asechanzas del dragon infernal, sube á los brazos del Esposo. Dones del cielo, *prærogativæ cæli*, concedidos en razon de su divina Maternidad, y son la gloria y elevacion de su nacimiento, tantas veces y bajo tan magníficos símbolos anunciado; la salutacion del Angel, de que fué digno objeto; el concurso prodigioso del Espiritu Santo y la Encarnacion del Verbo en su seno:» *primo in Mariæ generatione, secundo in Angelica salutatione, tertio in Spiritus Sancti superventione, quarto in Filii Dei inenarrabili conceptione*. Dones del cuerpo, *prærogativæ corporis*, concedidos para gloria particular suya, cuales son: que fuese la primera entre las vírgenes; que fuese pura y fecunda; que concibiera sin molestia; que diese á luz sin dolor: *quod virginitatis primiceria, quod sine corruptione fecunda, quod sine gravamine gravida, quod sine dolore puerpera*. Dones

del corazon, *prærogativæ cordis*, concedidos para perfeccionar su sér moral, y para que fuese digna de grandes premios, y son: su pudor, su humildad profundísima, su heroica é invencible fé, su constancia en los tormentos de su amado Hijo: *mansuetudo pudoris, devotio humilitatis, magnanimitas fidei, martyrium cordis*. ¡Preciosa corona, señores, compuesta de tan ricas piedras, como que habia sido esmaltada por el mismo Dios! Y ¿qué es de extrañar, si esta corona habia de adornar las sienes de la Esposa del Espiritu Santo; la Hija predilecta de Dios; la Madre del Verbo divino?

Ved, pues, reasumiendo, descifrada aquella misteriosa y profética vision de San Juan en la isla de Patmos. Era una señal grande, y esta no puede ser otra que la Santísima Virgen María, porque ella es el objeto y término de todos los símbolos; la realidad de todas las figuras; la obra grande de Dios. Era una mujer vestida del sol: hé aquí confirmada la identidad de la misma Virgen María, ya por su carácter de bienhechora comun del género humano, ya por su union íntima con Dios, ya por su destino de Madre del Verbo, verdadero sol del mundo. Bajo sus piés tenia la luna, figura que conviene tambien sólo á la Santísima Virgen, ya se considere á la luna segun las fábulas mitológicas de la gentilidad, ya segun el sentir de los santos padres y doctores católicos. Y en su cabeza una corona de doce estrellas, corona de méritos y virtudes, que la elevan sobre



todas las criaturas, cual corresponde á la Madre de un Dios. Digamos, pues, para confusion del dragon rojo del Apocalipsis, que la mujer que sube hoy á los cielos, apoyados sus piés sobre el disco de la luna, y revestida del sol, y coronada su cabeza de refulgentes estrellas, es María, nuestra dulce Madre; el objeto de nuestro amor y de todas nuestras complacencias. *Signum magnum apparuit in cælo, mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim.*

Así he creído llenar mi cometido, haciendo conocer al pueblo cristiano que me escucha, el sentir de los padres y expositores sobre esta vision profética de San Juan, que tan perfectamente describe las glorias de la Santísima Virgen en su Asuncion á los cielos. ¡Ojalá que los efectos hayan correspondido á mis deseos! Á vosotros, hijos de la noble Segovia, cuya piedad y tierna devocion á María es conocida y admirada de todos los demás pueblos de nuestra España, ¿qué podré yo deciros en este dia? Yo os veo contemplando absortos á nuestra amada Madre, conducida á los cielos por numeroso escuadron de ángeles, y vuestro corazon se inunda de gozo, y en vuestra frente veo pintado el placer más puro y encendido. El sol la sirve de vestido; la luna es su escabel y doce brillantes estrellas adornan su cabeza. ¡Ah! ¡qué símbolos tan expresivos, y cuánto consuelo derraman sobre nuestras almas! ¡Pidámosla que, al separarse de nosotros, no nos olvide en este

valle de lágrimas! ¡Pidámosla por todo el pueblo español, sus hijos predilectos! Y ya que, por la desgracia de los tiempos, no podemos disfrutar de gozo sin mezcla de lágrimas, aumentad más y más vuestra devocion y vuestras legítimas aspiraciones y esperanzas.—AMEN.